



Adam Foulds

# El laberinto de los estímulos

Traducción del inglés de Irene Oliva Luque



## Adam Foulds

(Londres, 1974) cursó el máster en Escritura Creativa de la Universidad de East Anglia y actualmente reside en el sur de Londres. En 2008, Foulds recibió el premio Costa Poetry Award, por su libro de poesía narrativa *The Broken Word*, así como el galardón que concede el periódico *Sunday Times* al mejor escritor joven del año, el Somerset Maugham Award, el Southbank Show Award for Literature y, en 2007, el Betty Trask Award. Galaxia Gutenberg publicó su novela *En la boca del lobo*, en 2016, y recupera ahora *El laberinto de los estímulos*, que fue una de las novelas finalistas del Man Booker Prize en 2009.

Basado en hechos reales ocurridos en Epping Forest, en las afueras de Londres, alrededor de 1840, *El laberinto de los estímulos* se centra en la primera encarcelación del gran poeta de la naturaleza John Clare. Después de años luchando contra el alcohol y la depresión, Clare se encuentra en el manicomio High Beach. Al mismo tiempo, otro poeta, el joven Alfred Tennyson, se enreda en la vida y los esquemas catastróficos del propietario del manicomio, el peculiar y carismático Dr. Matthew Allen.

Para John Clare, un hombre que creció sumido en las libertades y las exaltaciones de la naturaleza, que pensó que «el borde del mundo quedaba a un día de camino», una puerta cerrada es una especie de muerte. Esta novela intensamente lírica describe su caída vertiginosa, a través de episodios alucinatorios de locura y disolución de la identidad, hacia su locura final.

Históricamente preciso, pero brillantemente imaginado, el mundo cerrado de High Beach y sus varios reclusos, el médico, su hija solitaria enamorada de Tennyson, el personal brutal y el propio John Clare, cobran vida vívidamente. Fuera de las paredes están la naturaleza y el paraíso de Clare: los pájaros y los animales, los gitanos que viven en el bosque; su sueño de hogar, de redención, de escape. Extasiado pero preciso, exquisitamente escrito, rico en carácter y detalles, este es un libro notable y profundamente conmovedor: una novela visionaria que contiene todo un mundo.



Título de la edición original: *The Quickening Maze*  
Traducción del inglés: Irene Oliva Luque

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© Adam Foulds, 2019  
Reservados todos los derechos  
© de la traducción: Irene Oliva Luque, 2019  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019  
Imagen de portada: *Roble entre abeludes* © Carry Akroyd

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN: 978-84-17971-20-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A mis padres*

## PRÓLOGO

## El fin del mundo

Lo habían mandado a recoger leña al bosque, ramas y palos arrancados y desprendidos durante la tormenta. La luz lo recibió al salir, el día lleno de vida lo recibió con sus detalles, el mirlo pendenciero que anidaba en el manzano de casa.

Caminaba hacia el bosque, hacia el páramo, que lo incitaba a ir más allá. Las ondulaciones de la aliaga amarilla producían un sonido áspero y sigiloso en la brisa. Se extendía hasta soledades ignotas.

Era un niño de pueblo y sabía ciertas cosas. Sabía que el borde del mundo quedaba a un día de camino, allá donde el cielo preñado de nubes se tocaba con la Tierra en el horizonte. Pensaba que al llegar allí encontraría un profundo abismo a sus pies y podría mirar dentro de él para ver los secretos del mundo. Igual que sabía que podía ver el cielo en el agua, un niño de rodillas con la mirada fija en la superficie pesada y ondeante de las lagunas de graveras o en un arroyo poco profundo brillando sobre las piedras.

Se puso en marcha, hacia la amplia fragancia amarilla. La leña podía recogerla a la vuelta.

Al poco se encontró más alejado del pueblo de lo que jamás había estado, lo más alejado del sólido nido familiar de su *cottage*. Salió por completo de lo conocido, y se adentró en un mundo donde las aves y las flores no lo conocían, por donde su sombra jamás había pasado.

Se sintió confundido. Empezó a pensar que el sol brillaba en una nueva región del cielo. Todavía no tenía miedo:

el sol iluminaba maravillas en una zona nueva que lo retenían embelesado y absorto. Aunque lo que lo maravillaba sobre todo era que aún no hubiese llegado el fin del viejo mundo, que el horizonte no estuviese más cerca.

Caminó y caminó, y antes de lo que pensaba la mañana pasó, la luz se estaba espesando. Las palomillas revoloteaban bajo los arbustos. Las ranas jugueteaban por las sendas de los conejos y los ratones entonaban sus grititos fragmentados. En lo alto temblaban las primeras estrellas húmedas.

A esta hora despertaban los espíritus. Ahora tenía miedo.

Dio la vuelta a toda prisa con el corazón en un puño y descubrió tras de sí una ramificación de senderos. Por casualidad fue a parar al correcto. Conforme crecía la oscuridad, concentrada al principio en arbustos y árboles y después derramándose desde ellos, reparó en que se aproximaba a su propio pueblo. Al menos se parecía a su pueblo, aunque por algún motivo la distancia que había recorrido le hacía dudar. Su aspecto era idéntico. Estaba claro que era idéntico, pero por algún motivo daba la impresión de que algo no estaba bien, no encajaba. Hasta la iglesia, que se elevaba por encima del bosque, la iglesia que había visto todos los días desde que sus ojos vieran por primera vez, parecía falsa. Asustado, a la carrera, como un pájaro extraviado su cuerpo liviano se lanzó hacia lo que tenía la esperanza de que fuese su hogar.

Su nombre. Oyó cómo gritaban su nombre. ¡John! ¡John! ¡Jooohn! Voces del pueblo. Podía ponerles nombre a todas. Ahora echó a correr, sin responder, hasta su propia casa, sintiendo un tumulto de alivio al aproximarse. Al entrar por la puerta abierta, su madre chilló al verlo y voló hacia él. Sus brazos fuertes lo envolvieron, su pecho se aplastó contra el rostro de John.

—Pensábamos que estabas muerto. En el bosque. Te están buscando. Pensábamos que te *fuera matao* un árbol al



caer... Ay, pero ya estás en casa.

# OTOÑO

Abigail comenzó a caminar con sumo cuidado, pues su madre acababa de arreglarla, alisándole el vestido y dándole tirones para colocárselo bien. Le había pasado la yema del dedo por la nariz al agacharse, con un crujido de su propio vestido, y repetirle el mensaje que tenía que llevar. Aunque una vez fuera, con el calor del sol entre los árboles y el sendero firme bajo sus botas acordonadas con fuerza, Abigail no pudo evitarlo: al cabo de varios pasos echó a correr.

Cruzó corriendo el jardín y luego los terrenos de la Fairmead House, después bordeó la residencia y pasó junto al estanque donde Simon el idiota estaba tirando piedras; hasta ella sabía que le habían prohibido hacerlo. Al oír las pisadas, él miró a su alrededor de inmediato, justo después de haber lanzado una piedra. Ya no podía pararla: sus miradas se cruzaron en el instante en que se sumergió con un *plof* y unos círculos lentos se ensancharon sobre el agua verde. Pero no era más que la niña. Simon le sonrió con picardía, a sabiendas de que ella no lo delataría. Al doblar la esquina corriendo, Abigail se cruzó con el señor Stockdale, el vigilante que no le caía bien. Era grande y estricto y cuando intentaba jugar con ella había algo que no era del todo apropiado, no lo era, y tenía las manos pesadas. Pero ahí estaba Margaret sentada en un taburete, cosiendo. Margaret sí le caía bien, con su cara delgada y de barbilla afilada, igual que un juguete de madera, y sus ojos grandes, claros y amables. Era una señora pacífica, casi siempre; así que Abigail se acercó y se apoyó sobre sus rodillas para

entrar por un instante en esa calma. Margaret no dijo nada, le hizo una caricia en la nuca a Abigail mientras bajaba la vista a su dechado. Había tres colores de hilo: verde para las colinas, marrón para la cruz y negro para las líneas que salían de la cruz. Abigail extendió un dedo y palpó las puntadas negras y abultadas.

–El amor de Dios –susurró Margaret–. Rayos. –En un instante enrolló en el dedo de Abigail un par de vueltas del hilo con el que trabajaba–. Te envuelven.

Abigail sonrió.

–Buen día –dijo y echó a correr de nuevo, cruzándose con otros que también paseaban por allí, y en cuanto vio a su padre, aún más rápido hacia él.

Matthew Allen blandió el hacha y la clavó sobre el tronco en vertical. La hoja se hundió en él pero no lo partió, así que levantó el hacha y el tronco juntos y los dejó caer con fuerza. El tronco salió volando en dos trozos parejos que se mecieron sobre la hierba.

–No tiene ningún secreto –comentó.

Se encorvó y añadió a la carretilla los trozos nuevos con su médula blanca y limpia y puso otro tronco de pie sobre el tocón.

Al ver a Abigail dando saltos hacia él, le entregó el hacha al demente y levantó a la niña sujetándola con fuerza entre los brazos.

–Siga así hasta llenar la carretilla, haga el favor.

Abigail sintió el calor del cuerpo de su padre a través del vendaje de su ropa. Se retorció al sentir el contacto de su bigote húmedo mientras la besaba en la mejilla.

–Dice madre que vengas ya porque llegarán en un santiguarse.

Allen sonrió.

–¿Dijo «santiguarse» o «santiamén»?

Abigail frunció el ceño.

–Santiamén.

–Entonces será mejor que nos pongamos en marcha.

Abigail apoyó la cabeza en el cuello de su padre, en el olor a él que desprendía su pañuelo anudado, y notó el balanceo de sus pies en el aire con cada paso que él daba, como si montase en poni.

Los pacientes saludaban con la cabeza a su padre cuando pasaba por su lado, o con algún cambio en la postura. Simon el idiota, que sin duda no estaba lanzando piedras al estanque, saludó con todo el brazo.

Fuera de la casa, Hannah esperaba de pie, sujetándose los afilados codos y dibujando meditabunda, con la punta de la bota, una línea en el sendero que tenía delante. Levantó la vista hacia ellos mientras llegaban y dijo como para justificarse:

–Pensé que debía quedarme esperando para recibirlos, ya que no había nadie más.

Allen se echó a reír.

–Estoy seguro de que hasta un poeta es capaz de sonar la campana de una puerta.

Observó cómo su hija hacía caso omiso del comentario, con la mirada clavada en el suelo. Abigail se retorció en sus brazos ahora que había acabado el paseo, así que la bajó. Se alejó corriendo unos metros en busca de un palo que le resultaba interesante. Se abrió la puerta principal y salió la señora Allen para unirse a ellos.

–Qué buen tiempo –comentó.

–¿No somos demasiados ahora? –preguntó Hannah–. Puede que el hermano se sienta un poco abrumado.

–Puede que los dos –replicó su padre–. Pero a ninguno de los dos le hará daño una cálida bienvenida familiar.

–Yo sólo me quedaré un segundo –anunció Eliza Allen–. Tengo cosas que hacer, es sólo que os vi aquí a todos al sol... Ah, mirad, Dora está ahí asomada.

Hannah se dio la vuelta y vio el rostro de su hermana en la ventana. No saldría, Hannah lo sabía. No le gustaban las personas fuera de lo común. Le gustaban las personas normales y corrientes y se estaba preparando para su boda;

después podría vivir casi exclusivamente rodeada de ellas. Se retiró y desapareció, como un pez de la superficie de un estanque, y el cristal se oscureció.

–Abi, suelta eso –le ordenó su madre–. Y no te limpies las manos en el delantal. Ven aquí.

Abigail se les acercó, reacia y algo avergonzada, y dejó que su madre le limpiara las palmas de las manos con un pañuelo.

–¿Dónde está Fulton? –le preguntó Eliza a su marido.

–Estará ocupado, seguro. No hace falta que estemos aquí todos colocaditos. No nos van a pintar ningún retrato.

No era así como Hannah había planeado este encuentro en su imaginación. No con todo este revuelo de su familia alrededor, no nada más llegar; ella habría aparecido como si nada en el momento justo, o al menos podría haber disimulado fácilmente su vigilancia. Podría haber sido una atractiva muchacha solitaria de diecisiete años, incluso una ninfa del bosque, sorprendida en su deambular. Se quedó mirando el camino, hasta donde le alcanzaba la vista: algo más adelante giraba bruscamente a la derecha y la frondosidad impedía ver colina abajo. A través de los árboles sintió que se avecinaban, se avecinaba un acontecimiento. ¿Quién sabía cuán relevante podía llegar a ser? Debería intentar tener menos esperanzas; las posibilidades de que estuviesen a la altura de sus expectativas eran escasas. Pero era posible. Sin duda algo estaba a punto de ocurrir. Unas personas estaban a punto de llegar.

Y entonces ocurrió. El carruaje procedente de Woodford se acercaba, con los baúles sujetos al techo con correas, los caballos se doblegaban colina arriba, el cochero profería breves sacudidas a sus anchos lomos con la fusta. Rápidamente, esperando que no la vieran, Hannah se pellizcó las mejillas para colorearlas. La señora Allen cogió en brazos a Abigail, sosteniéndola sobre la cadera. Mathew Allen se atusó los bigotes con ambas manos, se tiró hacia abajo del

chaleco y abultó la turgencia del pañuelo que lucía en el cuello.

Al detener el carruaje junto a ellos, el cochero se tocó el ala del sombrero, Matthew Allen se adelantó y abrió la puerta.

–Señores Tennyson –entonó con su voz profesional más profunda–. Bienvenidos a High Beach.

Se oyeron una tos y un gracias desde el sombrío interior, donde se movían unas largas extremidades.

Hannah se acercó un poco más a su madre mientras los dos hermanos salían del carruaje.

Los dos Tennyson, bien afeitados, eran altos y misteriosamente parecidos. Saludaron a las tres féminas con corteses reverencias. Hannah sintió el impulso de decir algo, pero no lo hizo. Oyó que su madre decía:

–Caballeros, bienvenidos.

Uno de los Tennyson farfulló una respuesta y ambos se quedaron de pie pestañeando, cambiando el peso de un pie al otro tras el confinamiento del carruaje. Empezaron a encender sus pipas.

El doctor Allen y uno de los Tennyson desataron los baúles y los bajaron. Los dos hermanos eran apuestos, uno quizá más delicado que el otro en su aspecto... ¿Sería el poeta o el melancólico? Hannah esperó a que dijese algo más. Se moría de ganas por saber sobre cuál de estos dos hombres debería recaer su interés.

John se despertó sin sentir nada en un lado del cuerpo. Se llevó una mano a la cara para palpar la costra dura de la herida y quitársela, pero no había nada. Así que o bien no estaba fuera o no hacía tanto frío. Notó que el aire no se movía a su alrededor, no estaba vivo. Estaba bajo techo, en una habitación cerrada.

Dejó los ojos cerrados, flotando dentro de su propia oscuridad interior, queriendo postergar el saber en qué habi-